

Anales de Medicina y Cirugía

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCIÓN DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

AÑO XXII - II ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 1946

VOL. XX - NÚM. 13-14

O R I G I N A L E S

Real Academia de Medicina, de Barcelona

FORMACIÓN Y TRASTORNOS DEL LENGUAJE HABLADO (*)

Dr. LUIS SUÑÉ MEDÁN

Secretario General de la Real Academia de Medicina

ENTRE las innumerables maravillas que Dios infundió al hombre en su formación orgánica y funcional, la facultad del lenguaje constituye uno de los dones más preciosos y útiles como vínculo de relación psicosocial y como prueba característica del progreso decisivo de nuestra especie. Vamos, pues, a dar una idea general sobre la palabra humana y sobre su desarrollo y caracteres especiales, ya que la existencia de la misma permite establecer una marcada diferencia con los seres irracionales.

En efecto, no hay ningún otro individuo de la Creación que se *expres*e con palabras, puesto que si bien existen algunas aves del orden de las prensoras y familia de la *psitácidas* que articulan y remedan vocablos humanos, sólo constituyen voces aisladas, como un eco de repetición inconsciente, sin significación mental alguna y que nada tienen que ver con el verdadero lenguaje hablado por los hombres.

El propio mono, al cual alguien había creído ver en él una forma ancestral del hombre, *no habla*. Sus cuerdas vocales, su faringe, cavidad bucal, lengua, arcos dentarios y labios ofrecen hasta cierto punto algunas analogías anatómicas con las del ser humano. Y no obstante, de estos órganos articulares sólo salen *chillidos*, *gritos estridentes*, *silbidos*, pero no palabras. Ahora bien, si en lugar de su organización externa más o menos parecida, quisiéramos buscar en algún otro animal cierta especie de dinamismo psicocerebral que al parecer tenga algunos vínculos de relación o de comprensión con el hombre, como por ejemplo, el *perro*, más sociable y fiel compañero que el simio y considerado como el prototipo de irracional *pseudointeligente*, hallaremos que tampoco *habla*. Su órgano fonético emite solamente unos sonidos o vibraciones para expresar sus deseos, su dolor, su furor, su satisfacción o sus instintos: *ladra*. Será un lenguaje propio para manifestar todas estas cosas, pero tampoco es un lenguaje hablado. Además, tal *inteligencia* resulta extraordinariamente limitada y es solamente utilizada para ciertos actos propios de su especie. Los animales son incapaces de variar los elementos de sus gritos, por complejos que estos sean, como nosotros hacemos variar nuestras palabras que son, en la frase, los elementos de substitución. Y es que en aquéllos, además de su constitución orgánica inferior total, les falta algo muy importante: el cerebro con toda su delicada y perfecta estructuración tan maravillosamente dispuesta por el Supremo Hacedor en nuestra especie. Allí, en aquel finísimo y complicado centro encefálico está el órgano del lenguaje humano y de allí parten todas las fibrillas nerviosas que se distribuyen hacia los elementos periféricos para dar lugar a una serie regulada de movimientos respiratorios, contracciones musculares y vibraciones, capaces de producir sonidos complejos en forma de vocablos inteligibles.

Por eso hemos dado a entender que el lenguaje es una facultad característica y exclusiva del hombre, y por eso hallamos muy acertadas las palabras de Enrique Berr al escribir: «la Mano, el Lenguaje: he ahí la Humanidad» (1). En esta frase se condensa toda una perfección anatómica y una función propia de nuestra

(*) Sesión científica pública, 4-6-46 (Presidencia: Prof. Peyrí).

(1) Prólogo de «L'Humanité préhistorique», de Jacques de Morgan.

especie y representa toda nuestra vida psíquica, nuestra potencialidad intelectual, nuestro entendimiento, nuestro conocimiento interior y el raciocinio (1).

El lenguaje es un instrumento de la inteligencia y es, por lo tanto, una de las más patentes manifestaciones de la manera de ser del hombre y de la cultura, de tal modo que ambos conceptos deben ir siempre forzosamente unidos. «Con el lenguaje nos comunicamos unos con otros, constituyendo el medio más rápido y eficaz para expresar el pensamiento, para establecer una relación constante entre una idea y un signo, como dijo Broca; ofrece, además, un poder extraordinario de extensión, de difusión como ningún otro, siendo posible alcanzar sus efectos útiles en la obscuridad, a través de muros y transportado a largas distancias mediante determinadas vibraciones ondulatorias de orden eléctrico. Tales condiciones dan al lenguaje una evidente superioridad sobre el gesto y forman la base del desarrollo intelectual» (2).

«Por otra parte, la simple emisión de un vocablo abstracto encierra un misterio infinito y en medio de una frase produce, según expresión de Odier, una emoción particular semejante a la que provoca una nota musical en medio de un acorde.»

«Con las precedentes apreciaciones nos referimos al lenguaje hablado o articulado, puesto que la mímica, la gesticulación, la escritura, las representaciones geográficas de los primitivos tiempos, los silbidos entre los pastores canarios, los silbatos entre ciertas tribus africanas, el *timbaleo* en Guinea, Melanesia y América del Sur, e incluso la música empleada por los indios de las praderas norteamericanas, son formas expresivas de acción más limitada y de significación social muy inferior, careciendo de las excepcionales ventajas de que gozan los peculiares sonidos que brotan de nuestro admirable órgano fonético» (3).

Ahora bien, para que se produzcan las palabras, ¿es que éstas se crean espontáneamente en los centros nerviosos para ser reproducidas en los órganos fonarticulares, o bien se requiere alguna influencia externa o un elemento especial que cuide de recoger los vocablos ya existentes o conocidos para transportarlos primeramente a los expresados centros perceptivos y directivos? Así es, en efecto. Todo signo, todo gesto puede tener esta particularidad, pero en realidad son los órganos de los sentidos los más aptos, los que se encargan de crear y desenvolver un lenguaje. Existe, pues, el lenguaje *táctil*, el *olfatorio*, el *visual* y el *auditivo*, utilizando diversos gestos y manifestaciones para transmitir las ideas o sentimientos entre los hombres. De todos ellos, el más poderoso y expresivo es el lenguaje *auditivo*, lenguaje hablado o articulado, o sea el que se produce o entra por mediación de nuestro órgano de Corti. Sin que sea absolutamente necesario para entender dicho lenguaje, muchas veces refuerzan su expresión, las contracciones de los músculos faciales, la mímica, que viene a ser un lenguaje visual, como lo es también el lenguaje escrito.

Así, pues, es necesario un cauce de entrada sensorial (vía acústica) con toda su integridad anatómica para que se forme el lenguaje hablado. Un niño recién nacido privado del sentido del oído, no podrá hablar, por perfecta que sea su constitución buco-faríngeo-laringea y máxilo-nasal. Será un *sordomudo*. En este caso, para conseguir sonidos articulares en forma de palabras, será necesario poner en acción otros elementos, también sensoriales, que sean aptos para substituir las vibraciones sonoras, como son el tacto y la vista. El sordomudo, aunque no posea la entonación y la flexibilidad verbal en sus diversos grados de intensidad necesarios para dar expresión a la frase, llegará a pronunciar vocablos con bastante nitidez para hacerse comprender.

Pero supongamos ahora que un niño con audición normal estuviese en tales condiciones que no se produjesen voces a su alrededor. Resultado: *no hablaría*; y es que el lenguaje hablado no se hereda. A este propósito nos permitimos recordar el interesante experimento de Psammetik, rey de Sais y de Memfis (citado por Herodoto); deseando averiguar si los frigios eran más antiguos que los egipcios, se le ocurrió aislar dos niños inmediatamente después de nacer, substrayéndoles de toda influencia sonora verbal y poniéndoles, por lo tanto, en un ambiente silencioso; el sacerdote egipcio a quien se le confirió tan insólita misión, no les dirigió nunca la palabra. El resultado fué, dice el historiador griego, que al cabo de algunos meses los niños pronunciaron la palabra *bekos*, que en lengua frigia significa *pan*, y de ello dedujo dicho monarca que esta lengua era más antigua que la egipcia. Pero es de creer que dicha experiencia no debió ofrecer tal

(1) El gran poeta Maragall, al ponderar la belleza del lenguaje, decía en 1905: «en la palabra se entrelazan y se confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de la Naturaleza». («Elogio de la palabra»). - Discurso inaugural en el Ateneo Barcelonés.

(2) Leroy dice que el lenguaje es un sistema de signos o sea una serie de símbolos capaces para servir de lazo de comunicación entre los hombres.

(3) Suñé Medán «Los trastornos de la voz y de la pronunciación». (Discurso de recepción en la Real Academia de Medicina, 1923).

certeza ni fué del todo sincera, pues en otras citas de la misma, se indica que la intención del rey egipcio era averiguar si el lenguaje brota del interior mismo del hombre, añadiéndose que la alimentación de dichos infantes corría a cargo de una cabra. Y ¿por qué no admitir, decimos nosotros, que precisamente fuesen los continuos balidos de ésta los que impresionaron el órgano auditivo de los pequeños, llegando estos a imitar el sonido *be* de aquel rumiante, que se convirtió más o menos en la exclamación *bekos*? Al mismo tiempo, esta observación indica que, en efecto, la facultad del lenguaje es innata en el hombre.

Si dicho experimento se realizase con varios niños (dice con razón VENDRYES, al comentarlo), aunque no oyesen palabra alguna y fuese cual fuese la raza a que pertenecieran y hecha abstracción de influencias hereditarias que pudiesen existir, no es dudoso que llegasen a crear espontáneamente por su cuenta un lenguaje especial que no sería precisamente el frigio. La necesidad de hacerse entender pondría fatalmente el órgano en acción. Y nosotros añadimos: no sólo el órgano, sino todo el complejo centro y neuro-sensorial, motor y mímico.

Este medio de expresión de nuestras ideas y pensamientos sin duda hizo que el hombre tuviese conciencia de sí mismo y se viese obligado a comunicarse con sus semejantes, lo que ha hecho posible la formación de las sociedades. Seguramente, pues, fué el lenguaje hablado junto con el gesto (un *lenguaje organizado*, dice VENDRYES) el vínculo que produjo y facilitó el desenvolvimiento progresivo del mencionado hecho social por excelencia.

Conforme se ha indicado anteriormente, la producción de los sonidos vocales requiere en el cuerpo humano una dirección suprema que radica en los centros nerviosos, un mecanismo externo de percepción que asienta en el aparato auditivo y una corriente transmisora del sonido desde los centros perceptivos a los elementos motores u órganos periféricos de la palabra encargada de reproducir la sonoridad respectiva en forma articulada. Esta misión fisiológica de nuestro órgano fonatorio se cumple ya en parte desde el nacimiento, aunque las pequeñas dimensiones de aquél y el insuficiente desarrollo cerebral en esas tiernas edades, no permiten todavía que se produzcan sonidos correctos y articulaciones verbales distintas, realizándose tan solo una serie de actos evolutivos que procuraremos analizar someramente.

El nuevo ser manifiesta su bienestar por medio de un sonido particular (sonidos o signos lingüísticos de Bühler), que añadido a los gestos y actitudes del niño, nos da a entender que todavía no hay reacción diferenciada respecto de la función verbal (1). Aunque las palabras lleguen con precisión a su órgano auditivo, no le es dable repetir ni comprender el sentido de las mismas. Asistimos al despertar de sus órganos sensoriales sin que el cerebro infantil participe aún de dicha iniciación funcional.

Pero más tarde, el pequeño ser comienza ya a establecer enlaces entre el término verbal que oye y la cosa nombrada, que más adelante pronunciará a su manera. Por medio del juego combina de distintos modos los sonidos poco o mal articulados por su diminuto aparato fono-bucal: son los *monólogos lálicos*, verdadera manifestación externa del interés por el lenguaje que invade al niño (*intereses glósicos* de Claparède), independiente, en parte, de los vocablos o sonidos que percibe, no interviniendo, por lo tanto, influencia alguna imitativa en la formación de los fonemas emitidos. A los cuatro meses toma mayor incremento la memoria auditiva, asociándose esta impresión sensorial y la óptica con las inervaciones motoras y dando lugar a los movimientos buco-laríngeos realizados todavía de una manera casi instintiva. El niño ejercita su órgano fonético como ejercita sus miembros por el solo placer que le produce el movimiento (V. HERVAUX), pero los balbuceos que emite entonces no son más que un murmullo de voces ininteligibles, un eco inconsciente e imperfecto de las palabras que se producen a su alrededor, *ecolalia* fisiológica que adquiere el carácter patológico en el idiotismo y en muchos afásicos.

Más adelante, los actos de innovación que el niño introduce en el lenguaje son también inconscientes, reduciéndose a un trabajo de imitación, no de creación y contribuyendo así en mayor grado a la expresión verbal. La atención voluntaria es menos débil y el habla silábica infantil gana terreno en la vida de relación. Entre los diez a doce meses comprende el significado de las palabras que oye (DARWIN y PREYER); vuélvese curioso, distingue mejor, inicianse en él ideas comparativas y entra entonces en un período más consciente (dieciocho meses), en el que toman parte, además de los progresos físicos e intelectuales, los gestos mímicos que forman un lenguaje especial de expresión mucho más adelantado que el propio lenguaje hablado.

Veamos ahora, en rápido bosquejo también, el desarrollo y evolución de los vocablos en el niño. Las primeras producciones sonoras no son más que reflejos

(1) La mayor parte de estos conceptos son entresacados de mi discurso de ingreso en esta Real Academia, antes citado.

respiratorios y faringo-laríngeos. El niño empieza dando gritos espontáneos (por lo tanto, no de origen auditivo), más o menos complejos, pero sin expresión alguna; las vocales *e* y *a* representan la reacción fónica inicial, constituyendo el fundamento principal del grito de todas las criaturas y junto con otras vocales que aparecen seguidamente forman el *lenguaje de enonación*, así llamado por BRISSAUD y muy semejante al *lenguaje musical* de DUPRE (1). Al principio, el grito infantil se presenta algo débil, entrecortado, espasmoideo, alternando con ruidos guturales accesorios, tornándose luego reforzado, claro y resonante (FLATAU y GUTZMANN). Los primeras elementos articulares surgen muy pronto (cinco minutos después del nacimiento en ciertos casos), careciendo, empero, de toda significación objetiva. El sonido de las vocales *a* y *e* se combina con una gutural fuerte, la *g* o *j*, de fácil emisión, puesto que la columna de aire que arrastra aquellas sonoridades pone en vibración el velo palatino al que se aproxima la base de la lengua. Se adiciona después a la anterior una palato-lingual, la *n*, con tonalidad casi siempre nasal (*engá, engué, nenn*).

A los cinco o seis meses se inician ya los ensayos de pronunciación con las sílabas suaves (*ba, bo, ma*), las palatodentales (*de, te, ta*), viniendo poco después los sonidos de la *i, u, o*, y las variantes que ofrecen todas las vocales según la posición de los labios y de los maxilares. Las citadas consonantes son de fácil emisión a causa de su mayor visibilidad y además porque contribuye a ello una preparación muscular adquirida en el trabajo de succión realizado por los labios y punta lingual en el acto de mamar (Pedro Barnils). Entre tanto aparece el sonido de la *l* y su combinación con otros ya conocidos (*bl, gl*), así como la *rr* fuerte, que a veces se transforma en gutural o se combina con la *b*, dando lugar a la vibración labial *brr*. Más adelante, acentuándose la potencia de la labial suave *b* se obtiene la labial explosiva *p*, y de la gutural *g* resulta la *k* o las letras *c* dura y *q* (guturales explosivas).

A un año, a veces antes, la percepción auditiva del niño necesaria para la repetición de las palabras se halla bastante avanzada; el ejercicio de sus sentidos se perfecciona y afina. Ahora ya no sólo *ve* y *oye*, sino que *mira* y *escucha*; pero la percepción cerebral y la transmisión externa para reproducir las voces, no tiene aún desarrollo suficiente para que su emisión sea íntegra y perfecta. Solamente si el vocablo es sencillo y corto, la pronunciación se realizará con cierta nitidez, como por ejemplo en *mamá, papá, nena, bobó, tata*, etc., palabras fáciles a las cuales se añadirán luego otras mono y bisilábicas palato-dentales, linguo-maxilares, palato-guturales, etc. En los términos de más de dos sílabas y en los de pronunciación difícil (como en las que intervienen las consonantes *f, d, l, r, s, v, z*), el trabajo psicoverbal del niño representa un esfuerzo extraordinario; no tiene tiempo para regular o unir las sílabas, y la palabra queda entonces incompleta, modificada, o solamente surge la sílaba final, la de mejor audibilidad y también la que ofrezca mayor intensidad de timbre y entonación dada por las personas circundantes. La coordinación necesaria al automatismo de los movimientos, no se establece de un modo definitivo sino después de largos períodos de esfuerzos, de repeticiones y de correcciones (P. BARNILS).

Como aclaración a esas particularidades del lenguaje infantil, pondremos algunos ejemplos, que al propio tiempo servirán después para hacer una curiosa observación. Sea el nombre *Dolores*: aquí hay letras difíciles, y además la impresión auditiva de la *l*, la *r*, y la *s* es poco intensa o fugaz; en consecuencia se convertirá en *Lola* o *Tola*. *José* quedará convertida en *Pepe* (una labial fácil); en *Francisco* las dos primeras sílabas son muy complicadas para ser correctamente emitidas por el tierno ser, y por lo tanto surge una labial como la *P* y sin cambiar la primera vocal y la sílaba final, resulta: *Paco*. De Enrique, *Quipe*. De Juan, *Tatán*. Isabel, *Bel*. La voz *caballo* se transformará en *tatano* u otra parecida, por ser más fácil la linguodental *t* y la palato-dental *n*, desapareciendo la *b*, que si bien es una labial fácil, no llega a ser oída con precisión por hallarse intercalada en dicho vocablo. Es frecuente la supresión de consonantes cuando forman diptongo con otra, por ejemplo, *crema* será *quemá*; broma, *boma*; clara, *cala*; tren, *ten*, etc., etc.

A este propósito, creo podría aceptarse que el cariñoso nombre *mamá* no es más que el resultado de la repetición de la primera sílaba de *madre* por ser la segunda de más difícil emisión; lo mismo podría decirse de la palabra *papá*. Y en este terreno podríamos citar muchos otros ejemplos demostrativos de nuestra apreciación.

Ahora bien, de todo ello resulta que un buen número de estas voces así constituidas, van a formar parte, casi sin darnos cuenta, del vocabulario corrientemente usado por las personas mayores y por lo tanto creemos que tales vocablos son aprendidos, entresacados o copiados del habla infantil; es el propio niño

(1) Ballet ha observado que muchos niños aprenden a cantar antes que hablar.

quien nos ha enseñado dichos terminos, estableciéndose así fatalmente una costumbre que quizás mas adelante sea algún tanto difícil desarraigar. Esto no significa que se deba ser exigente en la corrección inmediata de tales modificaciones, puesto que, aparte de cierta gracia que nos produce la formación de algunas de dichas palabras, hemos de hacernos cargo de la complejidad del mecanismo psico-fisiológico del lenguaje que está en plena evolución en los primeros años. El mismo niño ya cuidará luego, en sus progresos, de corregir y mejorar espontáneamente su manera de hablar, del mismo modo que enmienda y corrige sus movimientos al empezar a andar, y conviene darle cierta libertad en tal sentido.

Al principio del segundo año, el niño combina ya algunas sílabas más, aisladas y cortadas, con sentido poco determinado, pero que después las revestirá de una significación más precisa, si bien aun con imperfecto encaje psicoverbal (1). Pero hay otras palabras que ofrecen el carácter de onomatopeyas, por simple imitación de los sonidos de la naturaleza; así, por ejemplo, las voces *perro, gaito, campana*, son ordinariamente substituídas con cierta semejanza por las producciones sonoras que derivan de la laringe de dichos animales o de las vibraciones del objeto metálico mencionado (*bup, meu, tan*). Más adelante muchos vocablos se convierten en símbolos de objetos o cosas, formándose imágenes ya algo más claras, representativas de un estado de deseo, de emoción o de simple curiosidad. El infante pregunta entonces frecuentemente: «¿qué es eso?», «¿cómo se llama eso?» Es la primera época interrogativa, baluarte avanzado de la segunda que empieza a los tres a cuatro años y que se traduce constantemente por la fórmula «¿por qué?», reveladora de los intereses generales intelectuales (LAFORA).

Del segundo al tercer año, las palabras del niño no se hallan enlazadas en forma de oraciones completas, especialmente si éstas son algo largas. Su lenguaje es algo telegráfico y exento de la flexibilidad propia de la declinación y conjugación. Pero muy pronto las oraciones pierden la monotonía del principio, las frases toman mejor expresión, la elocución es más corriente, la pronunciación y el carácter del sonido emitido aumenta en claridad y en precisión, viniendo en último término junto con la formación de nuevos vocablos, el engranaje de las oraciones por medio de conjunciones, adjetivos, nombres, pronombres, preposiciones y numerales, casi siempre aparecidos en este mismo orden correlativo.

Estos progresos de adición representan ya mayor actividad cerebral. La inteligencia propiamente dicha está ya formada. Mediante la repetición de las palabras y la producción de la asociación de ideas, se combinan aquéllas con el desarrollo educativo, contribuyendo todo ello a intensificar la perfectibilidad y la belleza de tan poderoso vínculo de comunicación interhumana como es el lenguaje hablado.

Trastornos del lenguaje

No vamos a estudiarlos todos. Solamente nos fijaremos por su importancia en *la falta de lenguaje hablado y el retardo en su aparición*. La alteración más importante que puede sufrir una función orgánica, es la abolición o la falta de desarrollo de la misma, y si esta función se halla asociada a fenómenos sensoriales y de actividad cerebral como ocurre en el lenguaje hablado, las consecuencias son aún mucho más graves. En efecto, la falta de palabra conduce a la mudez, sea cual fuere la causa productora de esta perturbación. Pero en general el mecanismo más frecuente viene unido a la anulación de un acto fisiológico de orden sensorial: *la función auditiva*.

Sabemos que el hombre adquiere el habla por imitación. Para ello le es indispensable, además de un estado normal de los centros psíquicos, una integridad perfecta de su órgano del oído. Sin esta condición no surgen las palabras; por eso, repetimos, el niño que no oye desde el nacimiento o desde su primera infancia, deviene fatalmente sordo y en consecuencia queda mudo. Este hecho constituye la afasia puramente sensorial auditiva, la sordo-mudez. Por lo tanto, conforme hemos indicado anteriormente, si no se hablase nunca a un niño desde que sale del claustro materno, no llegaría jamás a poseer la palabra.

Es sabido, por otra parte, que esta sordera congénita o adquirida prontamente, no impide por ella sola la formación de los sonidos laringo-bucales; el sordo-mudo no queda condenado inmediatamente al mutismo. Desde el momento que su aparato de la fonación está intacto, es éste susceptible de funcionamiento por otros sistemas más complicados, pero no espontáneos, y que iniciaron nuestros sabios compatriotas Fray Pedro Ponce de León y Juan Pablo Bonet en los siglos xvi y xvii respectivamente, métodos hoy día bien conocidos y perfeccionados y que se emplean en las instituciones a este fin creadas por doquier (método oral, labiología, método fono-táctil, fonética experimental). Además, son ya observados los

(1) Por ejemplo, el término *papá* saldrá de sus labios lo mismo cuando ve a su progenitor, como a otro sujeto, aunque no tenga parecido con aquél.

gritos o voces guturales desentonadas que dan los sordomudos, debidas a movimientos laringeos arrítmicos bajo la influencia de emociones diversas, junto con el lenguaje mímico o de gestos que acompañan a aquellas manifestaciones sonoras.

Puede pues existir voz sin oído, pero en estos casos no se obtiene la palabra fácil, clara, expresiva y modulada que se produce cuando se unen la función acústica y la ideativa en la psique de un sujeto normal.

La percepción de las imágenes auditivas y visuales contribuyen a facilitar la adquisición del lenguaje articulado, pero no parecen ser siempre indispensable para ello, y así se ha dicho que no es el oído la única facultad directriz para la formación verbal, sino que es necesario hacer intervenir un sentido muscular perfecto y una memoria muscular fiel (STERN). Ejemplos de esta apreciación tenemos en las célebres ciegas y sordomudas de nacimiento norteamericanas, Hellen Keller y Laura Dewey Bridgeman, la francesa María Huertin y el español Martin de Martin (de Valladolid), quienes llegaron a hablar y a instruirse sin el auxilio del oído ni de la vista, sólo por el simple esfuerzo de una reeducación cinestésica y táctil especial (1).

También es posible la mudez con o sin anomalía auditiva por déficit intelectual, inestabilidad o debilidad mental o por lesiones cerebrales, constituyendo la audimudez descrita por Stern y Decroly como peculiar de los anormales y que alcanza desde el arrierismo o retraso simple al idiotismo más absoluto (mutismo idiótico). Es la alalia congénita o afasia centro-motriz de Broca, por anomalía o suspensión de desarrollo del centro psico-motor del lenguaje hablado o de las imágenes quinestésicas verbales, situado al pie de la tercera circunvolución frontal izquierda, o sea la anartria o afemia de PIERRE MARIE cuyo centro localiza este autor en una zona próxima al anterior (cuadrilátero de Pierre Marie).

Sin embargo se admite que los centros indicados y el de las imágenes auditivas o zona de WERNICKE, no son propiamente centros de proyección sino de asociación o de coordinación. La alteración de los centros *sensitivos* determina una *agnosia* visual o auditiva de las palabras (agnosia de los sonidos musicales, de los dibujos, retratos, etc.) y la destrucción de los centros *motores* provoca la *apraxia* o sea la dificultad para el automatismo manual de la escritura o para el más complejo de la *pronunciación* (R. LÓPEZ PRIETO y G. GARCÍA URDIALES).

Por último, hay casos de mutismo por alteración profunda o mutilación de los órganos periféricos de la pronunciación, pero en estas circunstancias es raro se produzca la carencia total de palabra, salvo en los contados casos de parálisis de dichos elementos (recurrencial doble) o cuando se suprime quirúrgicamente el aparato de la fonación, como sucede en la laringectomía total. Estos enfermos pueden hablar perfectamente por medio de *aparatos fonatorios* que se han ideado para substituir la laringe. Sin embargo, los órganos restantes propios para la dicción pueden ser aptos aun, en ciertos laringectomizados, hasta el punto de formar con el auxilio del aire de la cavidad bucal una combinación de consonantes (*pseudo-voz* de los autores alemanes) que constituyen un lenguaje algo áfono pero bastante comprensible, efecto de una autoeducación especial supletoria (voz faríngea).

Algunos de mis operados de extirpación total de laringe, casi han abandonado el aparato, por hacerse entender bien sin él.

Considero innecesario extenderme respecto del *mutismo histérico*, en que el paciente se encierra en el más absoluto silencio fónico, sin despegar siquiera los labios, y cuyo trastorno desaparece, generalmente, por medio de la psicoterapia. Este es el que debería llamarse con mayor razón *mutismo* o *mudez verdadera pura* o *simple*. Es, clínicamente, la *afonía histérica* o *pitiática*.

Retardo en la aparición del lenguaje

Hemos visto ya la época en que suele adquirirse el lenguaje hablado. Sin embargo, existen algunas variaciones dentro del tiempo indicado que no por ello representan siempre una anomalía de la función de referencia. Hay niños, en efecto, que empiezan a hablar con cierta precocidad ya sea por aptitud especial innata o por las condiciones del ambiente en que viven. En cambio, se observan otros en que la aparición de los primeros balbuceos es más tarda de lo corriente, o sea a un año y más todavía, sin que haya causa conocida que lo justifique.

Las consecuencias inmediatas de este retraso fono-verbal, pueden ser de dos maneras: o bien sucede que al cabo de pocos meses el niño progresa con bastante rapidez en la adquisición de la palabra hasta el punto de nivelarse pronto con los otros niños de su edad; o bien, al contrario, el transcurso del tiempo, por sí solo, no influye en mejorar su escasa habla, constituyendo entonces un verdadero caso de retardación del lenguaje; ello tiene un valor real pasados los dos años,

(1) Especialmente Hellen Keller llegó a escribir obras de literatura y de filosofía en varios idiomas.

pero en cambio si transcurren los cuatro años sin que el niño hable, el pronóstico es entonces muy grave y puede ya incluirse en el grupo de los faltos de lenguaje o mudéz.

Examinemos brevemente las causas de aquella anomalía. Estas son muy diversas y pueden agruparse en físicas y funcionales. Se refieren por una parte al mecanismo encargado de recibir las ondas sonoras que provocan la excitación nerviosa, y por otra, a la comunicación mediante fenómenos reflejos, más o menos rápidos y adecuados, entre las neuronas sensitivas y las neuronas motoras. Si la armonía natural se rompe, aunque sea parcialmente, aparecen entonces trastornos del lenguaje de distinta gravedad. La anormalidad funcional es puramente mecánica, cuando corresponde a un vicio que se presenta al nivel de un órgano del aparato fonatorio (Hervaux) (1). Uno de los factores más importantes, es la *sordera parcial congénita o adquirida* en la primera infancia. En estos casos, las imágenes auditivas no son claras, la conmoción fisiológica de los centros nerviosos es incompleta y por lo tanto el acto reflejo psico-verbal resulta débil para poner en movimiento los órganos externos de la palabra. Sin embargo, no siendo absoluta la pérdida de la audición, el niño es capaz de aprender algunos vocablos, aunque muchos de ellos queden deformados, breves, truncados por el hecho de percibir solamente la parte del fonema o frase cuyo sonido presente mayor grado de audibilidad, o es producido con la fuerza necesaria para el propio efecto sensorial.

En conjunto, el *semi-sordo* adquiere tan sólo un lenguaje reducido, pero susceptible de convertirse en normal si es posible lograr la desaparición de las causas, o también de perfeccionarse mediante los métodos que la ortofonía, la reeducación auditiva, la labiología y la fonética experimental emplean en la actualidad.

La escasez de palabra y la apatía aparente hace confundir estos seres con los *pobres de espíritu*, si bien los hechos posteriores demuestran no es así. De todas maneras, el niño no progresará mucho en la esfera intelectual, su mentalidad quedará deficiente, si sus restos auditivos no pueden ser aprovechables para los efectos de adquisición del lenguaje y de la instrucción general.

Otra de las causas determinantes es la *debilidad orgánica* infantil, ya sea por enfermedades febriles de la madre durante la gestación (paludismo, tifoidea) y por afecciones del niño en los primeros meses o por nutrición deficiente (raquitismo, diversas manifestaciones distróficas). En estas circunstancias hay también *pseudo-mudéz*, sin sordera; el niño llega a los cuatro años y articula pocas palabras, algunas de ellas con toda perfección; otras, siempre las mismas, son repetidas continuamente para expresar distintos deseos o emociones. Si la función auditiva no se halla alterada y ello coincide con un sistema nervioso normal, esos retardados de la palabra llegan a hablar bien con los progresos de la edad y los ejercicios de reeducación fonética adecuada.

Las *vegetaciones adenoideas* desarrolladas en las primeras edades pueden dar origen, aparte del síntoma hipoacusivo, a los trastornos inherentes a un déficit de nutrición general, entre ellos los que caracterizan a la insuficiencia respiratoria nasal y a las consecuencias de la misma. El lenguaje corre parejas juntamente con otros retrasos orgánicos, como la apatía intelectual, la falta de atención y demás signos que constituyen la antigua *aprosaxia de Guye*.

Se han incluido también, en el campo etiológico, las *anomalías de los órganos periféricos* y la paresia de los nervios que se distribuyen por los mismos (Makuen), pero la mayor parte de estos factores no influyen precisamente en retardar el lenguaje, sino en el sentido de convertirlo en irregular o incomprensible por defectos puramente mecánicos, según hemos apuntado antes, defectos y vicios debidos al uso incorrecto de ciertas consonantes (sigmatismo, rotacismo, ceceo, etc.), ocurriendo algo parecido con algunas lesiones congénitas o adquiridas del paladar, de los arcos dentarios, de los labios, faringe, laringe y fosas nasales que pueden provocar trastornos de pronunciación, de timbre y de resonancia vocal (rinolalias, disartrias, dislalias palatinas, diplofonía, etc.) a las que se podrían añadir en calidad de trastorno neurodisfásico, la *tartamudéz*, el *babuceo*, la *farfulla* o *parafrasia proceps* de Liebmann, la *taquilalia* y la *bradilalia*.

Por último, existen otros estados patológicos que contribuyen a retardar la aparición del lenguaje o constituyen un escollo para su normal desenvolvimiento. Son éstos, el mixedema congénito, la debilidad mental, la imbecilidad, la idiocia, las dislogias, logoneurosis o logopatías debidas a perturbaciones psíquicas por incapacidad de ideación (*afemia* o *anartria* de Pierre Marie), las convulsiones, diversas taras nerviosas hereditarias (Gutzmann), la sífilis del mismo origen (2), el alcoholismo), (Coën), la miseria fisiológica de los progenitores en el momento de

(1) «Traité d'Orthophonie» de los Dres. Castex y Jouet. Paris, 1920.

(2) Ozun. «Quelques considerations sur les causes du retard dans l'apparition et dans le developpement du langage». Tesis de Paris, 1904.

la concepción, los traumatismos craneanos (Hervaux), etc., siendo todas estas causas de condición patológica funesta para el propio desarrollo intelectual.

Las restantes alteraciones de la palabra que tienen por base una verdadera anomalía psíquica o mental, competen al neurólogo y al pediatra y por ello no hemos de ocuparnos de las mismas. Sólo diremos, siguiendo a Lafora (1), que «en un gran número de anormales, el lenguaje empieza a desarrollarse más tarde de lo ordinario, hacia los cuatro o seis años, progresa muy despacio y frecuentemente queda imperfecto; cuando llegan a hablar, lo hacen de una manera compleja, expresándose con pocos o ningún adverbio y pronombres y hay desorden en la construcción de frases (*agramatismo infantil* de Liebmann, *acatafasia* de Steintal)».

Creemos haber expuesto en forma muy esquemática lo más esencial respecto a las alteraciones verbales mejor observadas, y aun podríamos tratar de otras deformaciones y trastornos del lenguaje que no dependen de fenómenos fisiopatológicos, sino de influencias de orden educativo, social, cultural y moral, como son los que se producen por la interposición locutoria de vocablos impropios, resultantes de vicios y malas costumbres, que constituyen la *blasfemia* y la *palabra soez*. De ello ya nos hemos ocupado en otra ocasión y además nos apartaría del principal objetivo del presente trabajo. Únicamente, para terminar, me permito reproducir aquí lo dicho en aquel entonces:

El hombre que habla bien, que pronuncia correctamente, que pone en sus palabras una entonación adecuada, una claridad de concepto y de expresión equilibrados y que además su lenguaje está exento de vocablos impropios, soeces o vulgares, es digno de especial admiración y quizás con tales dotes sería posible incluso saber la calidad de la persona con quien hemos de relacionarnos o comunicarnos. Para ello, y parafraseando a Shakespeare cuando se dirigía a los alumnos del arte de declamación, bastaría pedir a nuestro semejante: «*Habla, que te conoceré*».

(1) Gonzalo R. Lafora. «Los niños mentalmente anormales». Madrid, 1917.